

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

	<b>3</b>	<b>Del dolor del hombre al sufrimiento de Dios</b>
<i>Lucio Florio</i>	<b>5</b>	<b>Aunque es de noche. La nocturnidad del mal y la figura del crucificado</b>
<i>Silvia Anselmino</i>	<b>13</b>	<b>Aproximación a la experiencia de la enfermedad y del acompañamiento</b>
<i>Francisco Bastitta</i>	<b>21</b>	<b>La pasión de los niños</b>
<i>Angeles Zambrano</i>	<b>31</b>	<b>Los chicos de la calle</b>
<i>Alberto García Hamilton</i>	<b>33</b>	<b>El corazón que late tras las rejas</b>
<i>Juan Torbidoni</i>	<b>41</b>	<b>Sufrimiento humano y sufrimiento divino en la cultura griega antigua</b>
<i>Emmanuel Housset</i>	<b>49</b>	<b>La misericordia como sufrimiento de amor</b>
<i>Alejandro Mingo</i>	<b>63</b>	<b>“Uno de la Trinidad santa padeció en la carne”</b>
<i>Inés Vaccarezza</i>	<b>79</b>	<b>“La luz del corazón” en Gonzalo de Berceo</b>

# La pasión de los niños

*Francisco Bastitta\**

*Se escucha una voz en Ramá, un llanto amarguísimo. Es Raquel que llora por sus hijos, que rehusa consolarse, porque ya no existen. Así dice Yahveh: Aparta tu voz del llanto y tus ojos de las lágrimas [...] –dice el Señor–. Volverán de tierra hostil, y hay esperanza para tu futuro –dice el Señor–. Volverán tus pequeños a su tierra. (Jer 31, 15-17).*

Este pequeño escrito nace a partir de mis encuentros con el dolor de los niños, también de mis propios dolores de la niñez. No fueron nunca experiencias felices, pero algunas sí llegaron a ser fecundas en mi vida y reveladoras. La realidad que muestran todas ellas, la que me mueve a escribir, es quizá la mayor injusticia que uno pueda imaginar. Ella nos llena de la más profunda tristeza y puede hacernos increpar, desafiantes, a los cielos. ¿Qué corazón no se quiebra, cuál puede sostenerse, frente al sufrimiento de un niño?

Es evidente que el mal existe en el mundo, no puede negarse. Esa presencia misteriosa del mal y el dolor es fruto del pecado del hombre. Al desobedecer el mandato de Yahveh, Adán y Eva se apartan del amor entrañable de su Señor, y arrastran también con ellos a sus hijos, a los hijos de sus hijos, y a todo el reino de la tierra. La falta de amor engendra en el hombre la pasión del miedo, y con ella la angustia, la discordia y la muerte. La naturaleza en su totalidad, aunque conserva las huellas del Creador, se convierte en una *víctima* del pe-

---

\* Título de Profesor de Filosofía (Universidad Católica Argentina). Voluntario en la Fundación Flexer, “de ayuda al niño enfermo de cáncer”. Miembro de los grupos misioneros “Santa María de la Estrella” y “Edmundo Rice”.

cado original, pierde su perfección, unidad y armonía. “La creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto” (Rm 8,22), y esta realidad del pecado se muestra sin máscaras en nuestra sociedad actual.

A nadie sorprende ya que en el mundo se multiplique la violencia en todas sus formas, las presiones y enfrentamientos entre pueblos y naciones, la crisis de valores en diversas comunidades y familias, el hambre y las enfermedades. Todos estos males gravísimos se han vuelto *normales* para muchos, sobre todo en la presentación anónima y distante que se hace de ellos en los medios de comunicación. Sólo las víctimas directas de estas realidades y los corazones más sensibles le escapan a la indiferencia. Y sin embargo, ¿qué ser humano puede *pasar de largo* cuando ve a un niño que sufre, que llora sin consuelo? Al espectador se le revuelve el corazón con la pregunta... “¿Por qué?”.

Las consecuencias de nuestras acciones, como hemos visto, recaen inevitablemente sobre el mundo y sobre nuestros descendientes. Todas las calamidades que nombramos afectan también a aquellos que no las provocan, y tal vez con mayor dureza. Y aquí detengámonos un momento, porque hemos tocado el centro del problema. Aquellos que vienen después de nosotros heredarán nuestros aciertos y errores. Son tocados profundamente por lo que hacemos de nuestra vida. Yo mismo soy testigo. Recibí desde la niñez la influencia de mis padres, y ellos de los suyos. Pero, ¡vaya paradoja! Por esta firme *unión* entre el hombre pasado y el presente, entre el hombre presente y el futuro, se esparció la *división* y el pecado en nuestra naturaleza. Y es así como el niño inocente nace *culpable*, el que “no hizo nada malo” carga con el peso del pecado de sus padres, es introducido por sus antecesores en la ley del pecado y de la muerte. ¡He aquí la injusticia! Es contra ella que el corazón humano se rebela.

En la ciudad de Jerusalén hace casi dos mil años se declaró culpable a un inocente. Era un hombre de corazón manso y sencillo, atento y abierto, como el de un niño. Sufrió como nadie, Él que no había hecho ningún mal. Fue quebrado por la injusticia sin jamás quejarse, como tantos niños y niñas de nuestro mundo. Cuando en Judea abrazaba y bendecía a los pequeños rogaba a sus discípulos: “Dejen que

los niños vengan a mí, no se lo impidan” (Mc 10,14). Jesús se mantuvo siempre unido íntimamente a ellos. Los más pequeños se entendían con Él. Eran su propia imagen, sus misioneros. “El que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe” (Lc 9,48), dijo Jesús antes de subir a Jerusalén. En esta ciudad consumaría su sacrificio.

Cristo viene al mundo como *hijo* del hombre, como *niño-Dios*. Pero no sólo eso: Cristo vive y muere en cierto sentido como un pequeño: como *Hijo* amado del Padre, obediente a su voluntad. Él, que había recibido de la virgen María la humanidad, la expone desnuda e indefensa a los dolores de todos. Dios hecho hombre es frágil y vulnerable tanto en la cruz como en el pesebre de Belén. Es atravesado por todas nuestras heridas, pero más directamente por aquellas que padecen los pequeños; “Yo les aseguro que cuanto hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron” (Mt 25,40).

Su Pasión es la respuesta del Amor al grito de injusticia, al llanto de los niños, del niño que cada uno de nosotros fue alguna vez. La misericordia se hizo carne y nunca abandonó la inocencia infantil. Recorramos con sus ojos y en sus mismas palabras la pasión de los niños en nuestros días.

### **Los niños víctimas de trastornos genéticos y discapacidad**

Nadie conoce tanto sobre el rechazo y la exclusión como los que tienen anomalías genéticas o impedimentos físicos graves. La comunidad humana rara vez está preparada para recibir a un miembro atípico. Y menos a una persona de aspecto extraño, que puede afectar negativamente la sensibilidad de los demás. La gente teme lo que no conoce ni puede controlar, y prefiere mantenerlo lejos.

Tuve en varias ocasiones la oportunidad de charlar y compartir un rato de juegos con chicos que padecían síndrome de Down. Son personas muy directas, extremadamente sensibles y expresivas. En general puede verse cuánto han sufrido ellos y sus familiares. Muchos niños que padecen éste y otros trastornos similares, son abandonados de muy pequeños y pasean por instituciones y hogares, que muchas

veces consideran demasiado ardua su crianza y los derivan. La imagen que tienen estos niños de sí mismos está destruida por la incompreensión, el rechazo y por la falta de un hogar. Pueden volverse muy violentos y depresivos.

“Como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, no le tuvimos en cuenta” (Is 53,3). La profecía se refiere a Jesús en el calvario, pero cuán cercano está Él a estos pequeños. Ellos son tan permeables, tan abiertos al amor y al cariño, y por lo mismo tan vulnerables. Llegan a adultos siendo niños. Con un corazón puro, han llorado y soportado la persecución; verdaderos bienaventurados en la tierra. Si están en manos de una familia valiente que los acepta, pueden transformarla por completo. No tienen más preocupaciones que dar y recibir amor, y eso se contagia.

Lejos de las tentaciones materiales y espirituales, los niños con carencias graves físicas o psíquicas pueden conocer y amar profundamente a Jesús y a los demás. A Él y a nosotros mismos interpelan estos pequeños con su corazón. Como el buen ladrón nos piden: “No te olvides de mí”. Y Jesús responde a esa oración sencilla:

*“Te aseguro que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”* (Lc 23,43).

### **Los niños víctimas de abusos y violencia**

A los niños heridos, mutilados o asesinados durante los conflictos bélicos se los ha incluido entre los *daños colaterales* de la guerra. El espectáculo televisivo del que fuimos testigos durante la guerra de Irak helaba la sangre. El llanto y la agonía del inocente ponen en evidencia toda nuestra miseria, el abismo en el que los hombres pueden hundirse.

Pero no hacen falta escenarios tan lejanos para hablar de esta realidad. De hecho, nos circunda diariamente. En un pueblo de la Patagonia andina pude ver las huellas de la violencia familiar en un chico de 4 años. Además de moretones en los brazos y piernas tenía marcas en su espalda. Eran golpes dados con un cinturón. Los esfuer-

zos por revertir de alguna manera el problema acudiendo a la policía y a la asistente social de la familia fueron en vano. La madre era alcohólica y agresiva, el padre, ausente.

Los casos de abuso sexual son acaso más terribles en la vida de un niño, pero pueden permanecer ocultos en un doloroso silencio. De hecho, son mucho más comunes en las grandes sociedades *civilizadas*.

La invasión violenta de la intimidad afectiva del niño y de su cuerpo es nefasta en todo sentido. Lo más triste es que los abusadores generalmente han sido antes víctimas de abusos semejantes. La circularidad de la violencia provoca en el seno de la familia el aislamiento total, enfrentamientos constantes o relaciones enfermas y destructivas entre sus miembros.

Los niños son el receptáculo silencioso y pasivo de todos los problemas familiares, especialmente de las enfermedades y conflictos de cada uno de los padres y de su relación. Los que padecen abusos sexuales y violencia dentro o fuera de su familia pueden cargar con esas heridas profundas toda su vida, cerrándose al encuentro de intimidad con otros. Su sensibilidad ha sido manipulada gravemente. En el abuso sexual se ha entremezclado lo afectivo con el miedo, la mentira y la traición. Estos pequeños confundidos parecen repetir a sus victimarios la pregunta de Jesús a Judas en Getsemaní: ¿Con un beso me traicionas? (Cf. Lc 22,48). Sin embargo, los niños a veces pueden ver más hondo que nosotros en el corazón cerrado y trastornado de los que los abusan. El amor profundo y la inocencia a pesar del dolor imborrable y la vergüenza pueden llevarlos a decir con Jesús:

*“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (Lc 23,34).

### **Los niños abandonados y las víctimas del aborto**

“No eres bienvenido”, he aquí el estigma que muchos niños tienen que soportar aun antes de haber nacido. Pueden percibir el rechazo de su madre o su entorno en el período de gestación, y esto influye

en su desarrollo biológico, anímico y espiritual. Está comprobado que la falta de afecto y cuidados maternos en los primeros días y meses de vida derivan en patologías psíquicas graves como la psicosis o la psicopatía.

Los niños que han sido abandonados se defienden de un mundo del que no han recibido amor, seguridad o sostén. Se vuelven invulnerables a toda emoción. No pueden dar lo que no han recibido. La enfermedad psíquica puede llevarlos a una incomunicación absoluta, a crear en su interior un mundo paralelo al real, a una falta total de moralidad y responsabilidad en sus decisiones, o a un deseo de venganza irrefrenable, provocado por una herida que los atormenta y que quizás ni pueden recordar. Hay niños olvidados que no padecen estas enfermedades pero se hunden en una profunda depresión, que puede debilitarlos hasta el extremo de la muerte.

Otra forma de repudio de los padres hacia su hijo es la que lleva a la interrupción del embarazo, matando al niño en el seno materno. Esta elección empujada por la confusión, el terror o el odio –o peor aun, por ninguno de éstos– arranca de la vida al desnudo e indefenso que esperaba en el vientre de su madre. Dejar de ver el horror del aborto es un crimen de nuestro tiempo. Pero el Amor del Padre, que no descansa, hace de ese niño sacrificado un hijo suyo, porque hace de su Hijo esa misma víctima, desnuda e indefensa. Así se cumple lo que había prometido: “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque una de ellas llegase a olvidar, yo no te olvidaré” (Is 49,15). Pues ha dicho el justo: “Desde el vientre de mi madre eres tú mi Dios” (Sal 22,11).

Jesús experimenta en el Gólgota el abandono y la muerte, vive en su propia carne la confusión y la desesperación de los que se han quedado solos. Junto a los huérfanos de amor de todo tiempo exclama:

*“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* (Mt 27,46).

## Los niños víctimas del hambre y la desnutrición

“Y yo vi a esos niños... sus ojos brillaban de hambre”, relataba emocionada la madre Teresa de Calcuta al recibir en 1979 el premio Nobel de la Paz. No podemos medir la intensidad de ese encuentro de miradas entre la santa mujer y esos pequeños. Se habrán mezclado fragilidad, súplica, compasión y dolor en aquél lugar. Y nosotros nos preguntamos sorprendidos cómo es posible que mueran de hambre los niños. Nadie puede develar aquí ese oscuro misterio. Pero sin embargo la madre *está allí*, presente para ellos, y en esos niños ve al mismo Jesús.

Alrededor de 18.000 niños de hasta 5 años mueren de hambre por día en el mundo. El sólo hecho de observar a uno de estos chicos desnutridos nos revuelve el interior, nos llena de vergüenza. ¿Cuánto de lo que a mí me sobra podría alcanzarle a él para seguir viviendo? Terrible injusticia expresamos con esta pregunta y a la vez nos sentimos impotentes para revertir una calamidad mundial.

Un obispo de Tucumán relató en una ocasión su encuentro con un niño de su provincia que lloraba desconsoladamente. Al preguntarle qué le habían hecho el pequeño se enjugó las lágrimas y lo miró. “Es que no he comido...”, intentó explicar. Le dolía tanto el estómago... Hacía días que no probaba bocado.

La falta de alimento va degenerando el organismo. Así, además del hambre insoportable, los niños van quedando sin ninguna defensa natural en el proceso. Su apariencia es cada vez más la de un cadáver.

El ruego simple que expresa la más terrible carencia lo dice Jesús en la cruz. Es hambre de Dios, de su amor y su justicia; es carencia de consuelo y de paz. Las palabras resuenan en su paladar, seco como una teja, con ecos de infinitas voces:

*“Tengo sed”* (Jn 19,28).



## Los niños víctimas del cáncer y otras enfermedades

El hospital no es lugar para un niño. Allí lo invaden el miedo y la confusión: mujeres y hombres desconocidos, delantales y barbijos, inyecciones y máquinas. El niño teme que lo separen de sus padres. Puede sufrir dolores físicos muy intensos y depresión. Es alejado del juego y de su hogar, a veces por largos períodos de tiempo.

Cuando un chico padece una enfermedad que puede amenazar su vida, toda la familia es sacudida por la noticia. Este golpe puede dividir y destruir definitivamente el núcleo familiar. También puede renovar su unión, haciéndola fuerte ante la amenaza. El niño necesitará encontrar en ella un sostén firme, un lugar de descanso y recreación, de cuidados y afecto. Su salud física y mental dependerán en gran medida de ello.

Tuve y tengo como compañeros de juego a muchos chicos enfermos de cáncer. Es un verdadero don llegar a conocerlos. A veces están muy alegres y exaltados. Se ríen, corren, te buscan, te abrazan. Otras veces, generalmente en una etapa difícil del tratamiento, están más quietos, tristes o indiferentes. Acercarse a ellos requiere mucha atención y respeto. Sus miradas dicen mucho. Pueden contagiarme alegría o transmitirme un gran dolor. Los voluntarios a veces tenemos más dificultad en aceptar su dolor que ellos mismos. Pero sé que el encuentro con uno de esos niños toca en algún punto su vida y la mía. Las vuelve a ambas más valiosas, más dignas de ser vividas.

Los más chiquitos se refieren al cáncer muchas veces como “el bichito”, que según las explicaciones de padres y médicos apareció dentro suyo. Hay que sacarlo del cuerpo, hay que *ganarle*. Hoy día eso es cada vez más posible. Gracias a los progresos en las distintas formas de tratamiento (quimioterapia, radioterapia y cirugías) en los últimos 50 años la tasa de mortalidad por cáncer ha caído alrededor de un 60%.

Sin embargo, hay muchos niños que mueren de cáncer. Después de una larga lucha, con una energía vital que no se encuentra en un adulto, el chico que va a morir puede intuir su destino. Yo pude ver el rostro de alguno de ellos. Marcado por la larga batalla, pero sereno, su mirada es intensa y madura. Se aleja de algún modo de la angustia y el dolor que lo rodean, que son los de su familia y amigos,

también los nuestros. Parece al fin comprender, comprender algo que a nosotros se nos escapa. Llegan al final del camino como Jesús, diciendo:

*“Todo está cumplido”* (Jn 19,30).

### **La muerte de los niños**

El niño ha exhalado su último aliento. Todo su cuerpo yace relajado, en contraste con la tensión y desesperación de sus seres queridos. Ha sido arrancado del mundo por las heridas de otros. Su inocente corazón encuentra al de Jesús crucificado, que asume en su último suspiro el de todos los justos e inocentes: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lc 23,46). Contemplemos el cadáver de Jesús al pie de la cruz, en brazos de María. También se ha relajado. La madre lo sostiene y abraza como lo hizo en el establo de Belén. El regazo donde se recuesta es el seno de Dios mismo.

Hemos visto cuán unido está Jesús al sufrimiento de los niños. Allí en el Gólgota está la humanidad entera que ha caído en pecado. Allí yacen también los niños de todos los tiempos, naciones y credos que han muerto y, como dormidos, esperan. ¿No debemos considerar la muerte de estos pequeños e inocentes como su mismo bautismo en Jesucristo?

Esto es lo que nos preguntamos: ¿Acaso rechaza un niño la luz y la salvación? Porque el evangelio de Juan lo dice claramente: “Este es el juicio; que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz” (Jn 3,19). Un niño no puede ser condenado por ese juicio. Su corazón se abre siempre al amor y a la luz, aunque no los haya recibido de sus padres. *Quieren* ir hacia Jesús, lo reconocen, y Él pide solamente que no se lo impidan. Y luego llega a decir: “El que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él” (Mc 10,15).

“Como a un niño a quien su madre consuela, así yo os consolaré” (Is. 66,13). El consuelo del Padre es su Espíritu de amor, que abraza el corazón puro de los pequeños y les permite ver a Dios. El Santo Cuerpo de Jesús en la Pasión es el cuerpo herido de todos los

niños que sufren y mueren en el mundo. Todos ellos pueden encontrar reposo en los brazos de la Virgen María, que Jesús les dejó como Madre.

Aunque no pueda hablar, el pequeño que se acerca a su muerte se sitúa cara a cara con Dios, que se inclina hacia él como un Padre que quiere alzar a su hijo. Todos podemos ser como esos niños. Imaginemos ese reencuentro de Dios con nosotros, el diálogo final con Jesús.

### **El Niño**

*Qué oscuro este abismo, la muerte...  
me falta el aliento y la vida... termina.  
Resiste mi cuerpo, que al fin se reclina,  
y exhala un suspiro por verte.*

### **Jesús**

*¡Levántate, tórtola mía!  
Tu cuerpo es mi Cuerpo, que ha sido entregado.  
¡Oh ven, mi pequeño! Verás a mi lado  
el alba del último día.*